

la otra orilla

A vueltas con la bioética



M. Angeles
Pastor

NOS hemos ocupado en esta columna varias veces de este asunto peliagudo de la bioética, y les puedo asegurar que cada vez que se plantea el tema suscita entre nosotros un debate de lo más encendido. En estas cuestiones nos movemos -creo que a la opinión pública le

pasa igual- entre la comprensión y la desconfianza, entre una información cada vez más compleja y abundante y la falta de criterios para procesarla totalmente. Como nadie tiene claridad para percibir dónde está la frontera entre lo deseable y lo insensato, lo normal es quedarse siempre un paso atrás.

No me parece mala esta misma actitud prudente entre los legisladores, aunque a ellos sí debemos exigirles cierta imparcialidad y coherencia. Una no sabe que pensar, por ejemplo, de la reciente reforma de la Ley de Reproducción Asistida que ha presentado el Gobierno. Por un lado abre una puerta a la investigación con embriones, y por otra cierra una ventana a las parejas con problemas de infertilidad. De una parte se avanza en la

búsqueda de soluciones para los enfermos de Parkinson, Alzheimer o diabetes, y por otra se retrocede en las posibilidades de la fecundación in vitro: al limitar a tres el número de embriones fecundados, con seguridad habrá que repetir la extracción de óvulos y los ciclos de fecundación.

El objetivo de esta reforma, la ministra lo ha explicado muy bien, no era tanto contentar a los científicos, que demandaban desde hace años la posibilidad de usar embriones no viables para sus investigaciones, sino resolver el problema de la acumulación. Otra vez una se queda con la boca abierta al saber que había más

A mí me alegra que los investigadores vayan hacia adelante en su intento de paliar el sufrimiento humano

de 200.000 embriones congelados, porque las nuevas técnicas médicas tienen estas cosas, unos vacíos legales

que resultan estar llenos de embriones envueltos en frío. Lo de la acumulación se entiende muy bien, pero no los límites de la investigación: se puede investigar con los embriones ya congelados, pero no con los que se generen a partir de ahora, vaya usted a saber por qué. Y el que venga detrás que arree, ha debido de pensar el Gobierno.

A mí me alegra que los investigadores vayan hacia adelante en su intento de paliar el sufrimiento humano. Pero no se me queda bien el cuerpo al pensar en el sufrimiento de las parejas que deberán someterse a tratamientos de infertilidad, que a partir de ahora serán más caros y más molestos. Seguramente en bioética haya que tirar siempre por la calle de en medio. Pero también se supone que podemos pedirles a los legisladores que no hagan doctrina científica de sus propias estrategias políticas, y que no caigan ni en el papanatismo ni en la insensatez. O al menos, digo yo, que no conviertan los problemas de ética una cuestión de armarios.

→laotraorilla@wanadoo.es